

## Carta de un ladrón a un poeta

-Seudónimo: Tictac de Carrillón-

Estimado José Hierro:

Poco importa todo esto, lo sé. Ya he pensado y repensado sobre la inutilidad de estas líneas, de este vano acto de contrición a esta altura en que usted ya es un gran nombre en los diccionarios, un importante tema de estudio en las universidades, un busto de bronce en San Sebastián de los Reyes...

Sí, toda la futilidad que intuyo en estas líneas, es cierta, pero sabrá comprender que los ladrones en el fondo somos cobardes, que ese supuesto arrojo para hacernos de lo ajeno de manera descarada, es sólo una muestra del temor que nos provoca la idea de enfrentar el mundo con los pocos medios con que fuimos muñidos. Por eso, habría sido impensado, al menos de mi parte, ofrecerle esta vergonzante confesión cuando usted todavía era un mortal, dueño de la palabra y el verso, es cierto, pero mortal...

Ladrón he dicho, y también cobarde. Y me permitirá agregar el término 'iluso', que es el que justifica estos párrafos y este pensar que hay un cielo reservado a los poetas, al cual llegan las misivas que los hombres comunes echamos a volar.

De ser así, de recibir usted estas frases por fuera de las convencionales vías de la tridimensionalidad, quedaré yo conforme aunque sea en parte, y algo más liviano por contarle una historia que en nada modifica su imagen para la posteridad, pero que alivia a aquel corazón adolescente que todavía habita en mí.

Norma era su nombre, y era muy hermosa. Y eso lo justificaba todo, o casi todo bah... ¿Acaso una preciosa puesta de sol o una estrella al alcance de la mano, no dulcifican las atrocidades que pueden suceder en el mundo durante el día? Estoy seguro de que usted está de acuerdo con eso; sí, usted, tan hacedor de belleza en endecasílabos esculpidos con el *cinzel de su pluma*, debe estar de acuerdo.

Para ella, para Norma, digo, yo no era nadie, nada más que un pobre muchachito deslumbrado por sus ojos. Más de una vez la había observado leer, esperar a su prometido en el banco de la plaza del pueblo, perdiéndose en unas hojas amarillentas, susurrando versos hasta altas horas, mientras la luna se arrugaba en un charco y los grillos escribían en la noche con la mecanografía de su canto.

Él, alto y buenmozo, siempre llegaba bien atildado y casi ajeno a todo. De su prometido estoy hablando, claro. Así llegaba, sí, y se acercaba a ella y le quitaba el libro de las manos y la besaba. Norma aparecía aceptar el ritual más por costumbre que por afecto, como quien harto de un vino costoso, desea tan sólo la clara frescura del agua que parece negársele.

Una noche, un viernes para más datos, el galán postergó su llegada indefinidamente, quizá demorado por alguna juerga con amigos. Yo me acerqué al banco donde ella estaba. La miré, me miró, nos miramos. *¿Te gusta la poesía?*, me animé a preguntarle. Ella esbozó una media sonrisa y asintió con la cabeza.

Yo giré mi vista hacia el cielo y fingiendo burdamente un arrebató de inspiración, pronuncié mi estimado José Hierro, aquel verso suyo que decía: *“la noche es bella, está desnuda, no tiene límites ni rejas”*.

Ella, emocionada, acercó su boca a mi boca y me besó, para luego correr con vergüenza y hacerse sombra entre las sombras de los árboles.

Pasaron muchos años, querido maestro, la memoria, siempre calumniosa, me desdibuja el rostro de aquella mujercita; pero la piel, siempre textual y exacta, recuerda la sensación aquellos labios... y también la culpa de aquel que ha robado.

Robado un verso, sí, un verso suyo, un verso que hoy vengo a devolverle con mi pedido de perdón, con la única excusa de haberlo usado sin soberbia, tan sólo por la necesidad del perfume, del tacto, del imprevisto rosar de una dama y, por qué no decirlo, por esa tonta pretensión que los ladrones tenemos... la de ser inmortales, infinitos, recordados... Ese afán de querer ser poetas.